

VI

El conde Muffat, acompañado de su mujer y de su hija, había llegado la víspera á las Fondettes, donde la señora Hugón, que se encontraba allí sola con su hijo Jorge, les había invitado á pasar ocho días. La casa, edificada á fines del siglo diecisiete, elevábase en medio de una inmensa cerca cuadrada, sin el menor adorno, pero el jardín tenía sombras magníficas, una sucesión de fuentes de agua corriente, alimentadas por vivos manantiales. Era, á lo largo de la carretera de Orleans á París, como un islote de verdura, un ramillete de árboles que rompía la monotonía de aquel país llano, en que los cultivos se extendían hasta lo infinito.

A las once cuando el segundo toque de campanas para el almuerzo hubo reunido á todo el mundo, la señora Hugón, con su buena sonrisa maternal, depositó dos besos en las mejillas de Sabina, diciendo:

—Ya lo sabes, en el campo, es mi costumbre... Me rejuvenece veinte años el verte aquí... ¿Has dormido bien en tu antigua alcoba?

Después, sin esperar la respuesta, volviéndose hacia Estela:

—Y esta pequeña, ha pasado la noche en un sueño ¿verdad?... Dame un beso, hija mía.

Se habían sentado en el vasto comedor, cuyas ventanas daban al parque; pero sólo ocupaban un ángulo de la espaciosa mesa, donde se agrupaban para estar más juntos.

Sabina, muy contenta, hablaba de sus recuerdos de la niñez que acababan de despertarse: meses enteros pasados en las Fondettes, largos paseos, una caída en una fuente, en cierta noche de verano, un antiguo libro de caballerías descubierto encima de un armario y leído en invierno, al amor de la lumbre. Y Jorge, que

no había visto á la condesa desde hacía algunos meses, la encontraba muy animada en cierto cambio en la fisonomía; en tanto que esa percha de Estela, al contrario, parecía más flaca aun, más silenciosa y más torpe.

Mientras comían sencillamente huevos pasados por agua, y chuletas, la señora Hugón lamentóse como hacendosa mujer de su casa, diciendo que los carniceros se habían puesto imposibles; todo lo compraba en Orleans, y nunca le llevaban los trozos á su gusto. Por lo demás, si sus huéspedes comían mal, ellos tenían la culpa, pues llegaban estando ya tan avanzada la estación.

—Eso no tiene sentido común—dijo.—Os estoy esperando desde junio y llegáis á mediados de septiembre... ¡cuando el campo ha perdido casi todos sus atractivos!

Y, con un gesto, les señaló los árboles del prado, que empezaban á amarillear. El cielo estaba cubierto, y un vapor azulado anegaba el horizonte en una tranquilidad melancólicas.

—¡Oh! todavía espero á otros huéspedes,—continuó;—no os faltará animación. En primer lugar, dos caballeros, á quienes Jorge ha invitado, el señor Fauchery y el señor Daguene... ya les conocéis ¿verdad? Después, el señor de Vandevres, que me promete su visita desde hace cinco años; tal vez este año se decidirá.

—¡Vaya!—dijo la condesa riendo;—si sólo hemos de contar con el señor de Vandevres, está demasiado ocupado.

—¿Y Felipe?—preguntó Muffat.

—Felipe ha pedido licencia,—contestó la anciana,—pero sin duda ya no estaréis en las Fondettes cuando llegue.

Se servía el café. La conversación había recaído sobre París, y se pronunció el nombre de Steiner, nombre que arrancó un ligero grito á la señora Hugón:

A propósito,—dijo,—ese señor Steiner es aquel caballero grueso que encontré una noche en vuestra casa, un banquero: ¿verdad? ¡Vaya una poca vergüenza! ¡Pues no ha comprado una propiedad para una actriz, á una legua de aquí, allá abajo, detrás del Choue, al lado de Gumiéres!

Todo el país está escandalizado... ¿No tenías noticia de eso, amigo mío?

—Ninguna,—respondió Muffat.—¡Ah! ¡con que Steiner ha comprado una quinta en los alrededores!

Jorge, al oír que su madre abordaba este asunto, había metido las narices en su taza; pero no tardó en levantar la cabeza mirando al conde, extrañando su respuesta. ¿Por qué mentía éste tan descocadamente? Por su parte el conde, que había observado el movimiento del joven, le dirigió una mirada de desconfianza. La señora Hugón proseguía dando detalles: la quinta se llamaba la Mignotte; era menester subir por el Choue hasta Gumiéres para atravesar un puente, lo cual alargaba el camino en dos kilómetros largos; de otro modo, había que mojarse los pies y se corría el riesgo de un chapuzón.

—¿Y cómo se llama la actriz?—preguntó la condesa.

—¡Ah! me lo han dicho, yo no me acuerdo. Jorge, tú estabas aquí esta mañana, cuando el jardinero nos ha contado...

Jorge aparentó como si hiciese memoria. Muffat esperaba, dando vueltas á una cucharilla entre sus dedos. Entonces, la condesa, dirigiéndose á éste:

—¿No está enredado el señor Steiner con esa cantante de Variedades, esa Naná?

—Naná, sí; eso es, ¡una sinvergüenza!—gritó la señora Hugón, exaltándose.—Y la esperan en la Mignotte. Todo eso lo sé por el jardinero... ¿Verdad, Jorge? El jardinero decía que la esperaban esta tarde.

Un ligero estremecimiento de sorpresa agitó al conde, mientras Jorge respondía con vivacidad:

—¡Oh! mamá; el jardinero hablaba sin saber... Ahora mismo, el cochero decía todo lo contrario: hasta pasado mañana, á nadie esperan en la Mignotte.

Procuraba aparentar un aire natural, estudiando con el rabillo del ojo el efecto de sus palabras en el conde. Este continuaba dando vueltas á su cucharita como tranquilizado. La condesa, con los ojos fijos en el horizonte azulado del parque, parecía no estar en la conversación, siguiendo con la sombra de una sonrisa un pensamiento secreto, despertado súbitamente en ella; mientras que, tesa en su silla, Estela había escuchado lo que decían de Naná, sin que se alterara ni uno de los rasgos de su blanco rostro de virgen.

—¡Dios mío!—murmuró al cabo de un silencio la señora Hugón, recobrando su bondad natural,—hago mal en incomodarme. Preciso es que todo el mundo viva... Si encontramos á esa señora en el camino, con no saludarla quedamos en paz.

Y mientras levantaba el servicio, volvió á reñir á la condesa Sabina por haberse hecho desear tanto aquel año. Mas la condesa se defendía, achacando la tardanza á su marido; por dos veces, en vísperas de partir, con las maletas cerradas, había dado contraorden hablando de negocios urgentes; después, habíase decidido de repente, en el momento en que ya nadie se acordaba del viaje. Entonces, la anciana señora contó que también Jorge le había anunciado su llegada por dos veces, sin comparecer, y que se había presentado la antevíspera en las Fondettes, cuando ya no contaba ella que viniese. Acababan de bajar al jardín. Los dos hombres, á derecha é izquierda de las señoras, las escuchaban, silenciosos, encogidos de hombros.

—No importa,—dijo la señora Hugón besando los rubios cabellos de su hijo,—Zizi ha sido muy amable, viniendo á desterrarse al campo con su madre... ¡El buen Zizi no me olvida!

Por la tarde, sufrió una inquietud. Jorge, que inmediatamente después de levantarse de la mesa se ha-

bia quejado de cierta pesadez en la cabeza, parecía invadido poco á poco por una jaqueca atroz. A las cuatro, quiso subir á acostarse, era el mejor remedio: después de haber dormido hasta el día siguiente, se encontraría bueno del todo. Su madre se empeñó en meterle en la cama élla misma. Pero cuando salía, saltó Jorge de la cama para dar una vuelta á la llave, pretextando que se encerraba para que no fuesen á molestarle; y gritaba «¡buenas tardes, hasta mañana, mamáta!» con voz mimosa, prometiendo dormir de un tirón. Mas no volvió á acostarse, sino que, animada la tez y encandilados los ojos, se vistió sin ruido, sentándose y esperando, inmóvil en una silla. Cuando llamaron para comer, atisbó al conde Muffat que se dirigía hacia el salón. Diez minutos después, seguro de no ser visto, se deslizó ligero por la ventana, valiéndose de la cañería de las aguas; su cuarto, situado en el primer piso, daba á espaldas de la casa. Atravesando luego un bosquecillo, salió del parque y echó á correr á campo traviesa del lado del Choue, con el vientre vacío, pero saltándole el corazón conmovido. La noche se aproximaba; y empezaba á caer una lluvia fina.

Realmente, aquella noche debía llegar Naná á la Mignotte. Desde que Steiner, en mayo anterior, le había comprado aquella quinta, sobrecogiale, de vez en cuando, un deseo tal de instalarse en ella, que hasta le hacía derramar lágrimas; pero, á cada vez, Bordenave se negaba á darle licencia y la aplazaba hasta le hacía derramar lágrimas; pero, á cada vez, Bordenave se negaba á darle licencia y la aplazaba hasta septiembre, so pretexto á que no le convenía reemplazarla por otra actriz, ni siquiera por una noche, en tiempos de Exposición. A fines de agosto aun pretendía alargar la prohibición hasta octubre, pero Naná, furiosa, declaró que se iba á la Mignotte el quince de septiembre, y hasta para desafiar á Bordenave, invitaba, en su presencia, á una porción de gente.

Una tarde, en que Muffat, á quien ella resistía con refinado cálculo, le suplicaba en su casa, sacudido por estremecimientos, que coronase sus ansias, le prometió por fin que le complacería, pero en la quinta, y también á éste le indicó el día quince. Después, el día doce, se apoderó de ella la necesidad de largarse en seguida, sola con Zoé, pues quién sabe si Bordenave, prevenido, encontraría un medio de retenerla. Llenábase de alborozo el dejarle plantado, enviándole un certificado del doctor. Cuando la idea de llegar primero que los demás á la Mignotte y pasar allí dos días sin que nadie lo supiese, hubo entrado en su cerebro, atropelló á Zoé para arreglar las maletas y la metió en un coche, donde, muy enternecida, le pidió perdón abrazándola. Al llegar al restaurant de la estación, se le ocurrió prevenir á Steiner por medio de una carta, rogándole que esperase ir á reunirse con ella, si quería ir á encontrarla fresca y sonrosada. Y, saltando á otro proyecto, escribió una segunda carta, en que suplicaba á su tía que llevase inmediatamente á Luisito. ¡Aquello le probaría tanto al niño! ¡y cómo se divertirían juntos bajo los árboles! Desde París á Orleans, en el vagón, sólo habló de esto, con los ojos humedecidos, mezclando las flores, los pájaros y su hijo en una repentina crisis de maternidad.

La Mignotte se encontraba á más de tres leguas. Naná perdió una hora para alquilar un coche, una inmensa carroza desvencijada, que rodaba lentamente, con un ruido de hierro viejo. Y se había apoderado inmediatamente del cochero, un vejete taciturno, á quien asediaba á preguntas. ¿Había pasado muchas veces por delante de la Mignotte? ¿Estaba detrás de aquel ribazo? ¿Decía estar lleno de árboles, verdad? ¿Se veía de lejos la casa? El vejete respondía con gruñidos. En el carruaje, Naná, saltaba de impaciencia, mientras que Zoé, disgustada por haber salido tan pronto de París, se mantenía tiesa y malhumorada. Habién-

dose parado de repente el caballo, la joven creyó que llegaban ya y, asomando la cabeza por la portezuela, preguntó:

—¿Ya estamos?

Por única respuesta, el cochero dió un latigazo al caballo, que empezó á subir penosamente una cuesta. Naná contemplaba con éxtasis la inmensa llanura bajo el cielo gris, donde se amontonaban gruesas nubes.

—¡Ah! ¡mira Zoé, miral! ¡cuánta hierba! ¿es trigo todo eso? ¡Dios mío! ¡qué bonito es!

—Ya se ve que la señora no es del campo,—acabó por decir la doncella con cierta frialdad.—Por mi parte, me harté de verlo cuando estaba en casa del dentista que tenía una quinta en Bougival... Pero hace frío esta tarde. Este país es húmedo.

Pasaban bajo los árboles. Naná olfateaba el olor de las hojas, como un perrillo. Bruscamente, en un recodo del camino, percibió el ángulo de una casa entre las ramas. Tal vez era allí. Y reanudó su conversación con el cochero, que seguía diciendo «no» con un sacudimiento de cabeza. Después, mientras bajaban la otra pendiente del ribazo, se limitó á alargar el látigo, murmurando:

—¡Allí está, mirad!

Naná, se levantó, y sacó todo el cuerpo por la portezuela.

—¿Dónde? ¿dónde?—gritaba, pálida, no viendo nada aun.

Por fin, distinguió el borde de un muro. Entonces, subsiguieron gritos, saltitos, todo un arrebato de mujer sacada de quicio por una emoción viva:

—¡Ya la veo, Zoé!... Ponte al otro lado... ¡Eh! ¡tiene terrado de ladrillos!... ¡Y más allá un invernadero!... ¡Qué grande es!... ¡ah! ¡qué contenta estoy! Mira, mujer, mira.

El coche se había parado delante de la verja. Abrióse una puertecita, y el jardinero, alto y seco, apareció

con su gorra en la mano. Naná quiso revestirse de toda su dignidad, pues el cochero parecía reirse en sus adentros con los labios pegados. Contúvose para no echar á correr, escuchó al jardinero, charlatán como pocos, que rogaba á la señora que excusase el desorden, pues no había recibido la carta hasta aquella misma mañana; pero á pesar de sus esfuerzos, Naná, impelida por la impaciencia, andaba tan rápidamente, que Zoé apenas podía seguirla. Llegada al extremo de la avenida, se detuvo un instante, para abarcar la casa de una ojeada. Era un gran pabellón de estilo italiano, flaqueado de otra construcción más pequeña, que un rico inglés había hecho edificar después de dos años de permanencia en Nápoles, del cual se había cansado en seguida.

—Voy á guiar á la señora,—dijo el jardinero.

Pero Naná se le había adelantado, gritándole que no se molestase, que ella misma lo visitaría todo, que así le agradaba más. Y, sin quitarse el sombrero, se lanzó á las habitaciones, llamando á Zoé, dirigiéndole reflexiones de un extremo á otro de los pasillos, llenando con sus gritos y sus risotadas el vacío de aquella casa deshabitada desde largos meses. Primero, el vestíbulo; algo húmedo; pero esto no importaba, nadie había de dormir allí. El salón, muy elegante, con sus ventanas abiertas sobre un prado; solamente el mobiliario rojo era atroz; ¡ya lo cambiaría! En cuanto al comedor, ¿qué tal? ¡hermoso comedor! ¡qué fiestas se darían en París, si se tuviese un comedor de esta talla! Cuando subía al primer piso, se acordó de que no había visto la cocina; volvió á bajar, lanzando exclamaciones, y Zoé se vió precisada á maravillarse de la magnitud de la pila y de la grandiosidad del hogar, donde se podía asar un carnero.

Al subir, de nuevo, la entusiasmó, sobre todo, su alcoba, una alcoba que un tapicero de Orleans había revestido de cretona Luis XVI, color rosa suave. ¡Vaya! ¡allí dentro se debía dormir lindamente! ¡un

verdadero } de colegiala! Después, cuatro ó cinco alcobas de amigos; en seguida, magníficos desvanes, cosa sumamente cómoda para las maletas. Zoé, refunfuñando, dirigiendo una mirada fría á cada pieza, iba de mala gana detrás de su señora. Y la dejó trepar sola por la empinada escalera del desván. ¡Gracias! ¡maldito el deseo que tenía ella de cansarse subiéndola! Pero hirió sus oídos una voz, lejana, como soplada en un tubo de chimenea:

—¡Zoé, Zoé! ¿dónde estás? sube... no puedes formarte idea... ¡es fantástico!

Zoé subió gruñendo, y encontró á su señora en el terrado, apoyada en la baranda de ladrillos y contemplando el valle que se extendía á lo lejos. El horizonte era inmenso; pero lo anegaban vapores grises y un viento terrible impelía finas gotas de lluvia. Naná tenía que cogerse el sombrero con ambas manos para que no se le escapase, mientras sus faldas flotaban con crujidos de bandera.

—¡Caramba!—dijo Zoé, haciéndose atrás, después de asomar las narices.—El viento va á llevarse á la señora... ¡qué tiempo más perro!

Su señora no la oía. Con la cabeza inclinada, miraba la propiedad que se extendía á sus pies. Había de siete á ocho fanegas de tierra, cercadas de tapia. Entonces, la vista del huerto la entusiasmó, y volviéndose precipitadamente, empujó á la doncella en la escalera, tartamudeando:

—Está lleno de coles, ¡oh! coles gordas así. Y ensaladas, y acederas, y cebollas, y de todo. ¡Ven de prisa!

La lluvia caía más abundante, y la joven, abriendo su sombrilla de seda blanca, corrió por las alamedas.

—¡La señora va á lastimarse!—gritaba Zoé, que se había quedado muy tranquila bajo el cobertizo del vestíbulo.

Pero su señora quería ver. A cada nuevo descubrimiento, lanzaba exclamaciones:

—¡Zoé, espinacas! ¡Ven acá!... ¡oh, alcachofas! qué bonitas son... pero, ¿las alcachofas dan flor?... ¡Toma! ¿qué es esto?... No lo conozco... Ven, Zoé, quizá lo sepas tú.

La doncella no se movía. Preciso era que su señora tuviera el diablo en el cuerpo. Actualmente el agua caía á torrentes, la pequeña sombrilla de seda blanca estaba completamente negra, y no cubría á la señora, cuyo vestido chorreaba. Mas esto nada le importaba á Naná. Visitaba, bajo el chaparrón, el huerto, deteniéndose ante cada árbol, é inclinándose sobre cada cuadro de legumbres. Después corrió á lanzar una ojeada al fondo del pozo, levantó una tabla para ver lo que había debajo, y se absorbió en la contemplación de una calabaza enorme. Sentía necesidad de seguir todas las alamedas, de tomar una posesión inmediata de aquellas cosas, que en otro tiempo eran su sueño dorado, cuando arrastraba sus zapatos de obrera por el arroyo de París.

La lluvia redoblaba, pero no la sentía, lamentándose de que el día fuese menguando. Ya no veía claro, y para darse cuenta, tocaba con los dedos. De repente en el crepúsculo, distinguió fresas. Entonces, gritó como una verdadera niña:

—¡Fresas, fresas! ¡hay fresas; las he olido!... Zoé, un plato. Ven á coger fresas.

Y acurrucada en el fango, soltó la sombrilla, recibiendo todo el aguacero. Cogía fresas con las manos mojadas, entre las hojas. Sin embargo, Zoé no traía el plato. Y al incorporarse, la joven tuvo miedo, parecióle que había visto deslizarse una sombra.

—¡Una fiera!—exclamó.

Pero el estupor la dejó plantada en medio de la alameda. Era un hombre y le había reconocido.

—¡Cómo! es Zizi... ¿qué haces aquí, Zizi?

—¡Toma! ¡pardiez!—respondió Jorge,—he venido,

Ella permanecía atónita.

—¿Sabías, pues, mi llegada por el jardinero?... ¡Oh! ¡qué niño este!... ¡y está chorreando!

—¡Ah! te explicaré: la lluvia me ha sorprendido en el camino y no queriendo subir hasta Gumiéres, he vadeado el Choue y he caído en un maldito charco.

De pronto, Naná olvidó las fresas. Estaba trémula y conmovida. ¡Ese pobre Zizi en un charco! Y le arrastró hacia la casa, hablando de encender un gran fuego.

—Oye,—murmuró el adolescente deteniéndola en la sombra;—si me he ocultado, es porque tenía miedo de que me riñeses como en París, cuando voy á verte sin que me esperes.

Naná se echó á reír, sin contestar, y le dió un beso en la frente. Hasta aquel día le había tratado como á un chiquillo, no tomando en serio sus declaraciones y divirtiéndose con él, como de un hombrecito sin consecuencias. Su instalación fué una tarea magna. Naná querían que encendiesen el fuego en la alcoba; allí estaría mejor. La presencia de Jorge no sorprendió á Zoé, que estaba ya habituada á toda clase de encuentros. Pero el jardinero, que subía la leña, quedó aturdido percibiendo á un señorito chorreando agua, y al cual estaba seguro de no haber abierto la puerta. Despidiósele; ninguna falta les hacía. Una lámpara iluminaba la estancia, y el fuego difundía una gran claridad.

—Jamás se secará, va á pillar un catarro,—dijo Naná viendo tiritar á Jorge.

¡Y ni siquiera un pantalón de hombre! Estaba á punto de llamar al jardinero, cuando se le ocurrió una idea. Zoé, que estaba abriendo las maletas en el tocador, traía á la señora ropa blanca para mudarse: una camisa, enaguas, un peñador.

—¡Magnífico!—exclamó la joven.—Zizi puede ponerse todo eso. ¿Qué tal? no creo que yo te cause repugnancia... Cuando tus vestidos se hayan secado, vol-

verás á ponértelos y te largarás inmediatamente, para que no te riña tu mamá... Date prisa. Yo voy á mudarme también en el tocador.

Cuando á los diez minutos reapareció en bata, juntó las manos con arrobamiento:

—¡Ah, qué lindo está este chiquillo vestido de mujercita!

Jorge se había puesto sencillamente una gran camisa de dormir, un pantalón bordado y el peñador: un largo peñador de batista adornado de blondas. Allí dentro parecía una muchacha, con sus brazos desnudos de rubio adolescente y sus rizados cabellos mojados aún, que caían sobre su cuello.

—Es tan delgado como yo,—dijo Naná cogiéndole por el talle.—Zoé, ven á ver qué bien le sienta... ¿eh? como hecho para él, aparte del peñador, que es demasiado ancho... No está tan provisto como yo ese pobre Zizi.

—¡Ah! es verdad que me falta algo para ello,—murmuró Jorge sonriendo.

Los tres comenzaron á bromear. Naná se había puesto á abotonarle el peñador, de arriba á abajo, para que estuviera decente. Dábale vueltas como á una muñeca le daba golpecitos y le abultaba la enagua por detrás. Y le interrogaba, preguntándole si se encontraba bien, si tenía calor. ¡Vaya qué preguntas! sí; ya lo creo que se encontraba bien. Nada caliente más que una camisa de mujer; si hubiese podido las habría usado siempre. Restregábase allí dentro, feliz con la suavidad de la tela de aquel vestido ancho que olía tan bien, y en el que creía encontrar algo de la vida tibia de Naná.

Entretanto, Zoé había bajado los vestidos mojados á la cocina, á fin de hacerlos secar lo más pronto posible ante un fuego de sarmientos. Entonces, Jorge, arrellanado en un diván, se atrevió á hacer una confesión:

—Dime: ¿no comes esta noche?... Por mi parte, estoy muriéndome de hambre. ¡No he comido!

Naná se enfadó. ¡Vaya una estupidez; largarse de casa de mamá con el vientre vacío, para ir á tomar un baño en una charca! También ella tenía el estómago en los talones. ¡Ya lo creo que era preciso comer! Sólo que comerían lo que hubiese. Y, sobre un velador llevado junto al fuego, improvisaron la cena más chusca que darse pueda.

Zoé corrió á la habitación del jardinero, que había preparado una sopa de coles para en caso de que la señora no hubiese comido en Orleans, antes de llegar; la señora se había olvidado de encargarle, en su carta, lo que había de preparar. Afortunadamente, la bodega estaba bien provista. Tuvieron, pues, una sopa de coles con un poco de manteca. Después, registrando un maletín, encontró Naná un montón de cosas, provisiones que había metido allí, por precaución: un pastelito de «foie gras», un cucurucho de dulces y naranjas.

Los dos comieron como ogros, con un apetito de veinte años, lo mismito que dos compañeros que se hallan muy á sus anchas. Naná llamaba á Jorge: «querida mía»; pareciéndole este apelativo más familiar y más tierno. A los postres para no molestar á Zoé, vaciaron con la misma cuchara, cada uno á su vez, un tarro de dulce, que encontraron en lo alto de un armario.

—¡Ah! ¡querida hija mía!—dijo Naná, apartando el velador;—¡hace diez años que no he comido tan bien!

Sin embargo, como iba siendo tarde, quería despedir al pequeño, por temor de atraerle una reconvencción maternal. Pero él repetía que tenía tiempo de sobra. Por otra parte, los vestidos se secaban mal; Zoé declaraba que aun se necesitaría una hora al menos; y viendo que se estaba durmiendo en pie, fatigada del viaje, la enviaron á acostarse. Entonces, quedaron solos en la casa silenciosa.

Fué una velada muy dulce. El fuego se moría en brasa, y hacía un calor más que regular en la gran alcoba azul, donde Zoé había preparado la cama antes de subir. Naná, sofocada por aquella atmósfera, se levantó para abrir un momento la ventana. Y lanzó un ligero grito:

—¡Dios mío! ¡qué bonito es! ¡mira, querido!

Jorge se aproximó, y, como si encontrara corta la barandilla de apoyo, cogió á Naná por la cintura y reclinó en su hombro la cabeza.

El tiempo había cambiado bruscamente; entreabríase un cielo puro, en tanto que la llena luna iluminaba la campiña con una sábana de plata.

Reinaba una tranquilidad soberana, un ensanchamiento de valle abriéndose sobre la inmensidad de la llanura, donde los árboles formaban islotes de sombras, en el inmóvil lago de claridades.

Y Naná se enternecía, pareciéndole que volvía á encontrarse en sus años infantiles.

De seguro había soñado noches como aquella, en una época de su vida que ya no recordaba.

Todo cuanto le sucedía desde que bajó del vagón, aquella campiña tan grande, aquellas plantas que oían tan fuerte, aquella casa, aquellas legumbres, todo ello la trastornaba, hasta el punto de figurarse que hacía treinta años que saliera de París.

Su existencia de ayer estaba muy lejos. Sentía cosas, que no sabía explicar. Jorge, entretanto, le iba depositando en el cuello besitos mimosos, lo cual aumentaba su turbación. Con mano vacilante, rechazábale como á un niño cuya ternura fatiga, y le repetía que era preciso partir. El no decía que no; ¡luego! ¡ya partiría luego!

Oyóse el canto de un pájaro, que al momento cesó. Era un petirrojo, en un sauce, bajo la ventana.

—Espera,—dijo Jorge,—la lámpara le asusta; voy á apagarla.

Y, cuando volvió á coger á la joven por la cintura, añadió:

—Volveremos á encenderla dentro de un rato.

Entonces, escuchando al petirrojo, mientras el adolescente se arrimaba á ella, Naná se acordó. Sí, en las novelas había visto todo aquello. En otros tiempos, hubiera dado su corazón por tener una luna así, el petirrojo y un joven lleno de amor; ¡Dios mío! hasta habría llorado; ¡tan bueno y hermoso le parecía aquello! De seguro, había nacido para vivir honrada. Y rechazaba á Jorge, que se iba envalentonando.

—No, suéltame, no quiero... ¡Sería una infamia, á tu edad! Oye, continuaré siendo tu mamá.

La sobrecogían pudores. Estaba hecha una grana. La alcoba se llenaba de obscuridad, detrás de ellos, mientras que la campiña desarrollaba la inmovilidad y el silencio de sus soledades. En su vida había sentido tanta vergüenza. Poco á poco iba quedando sin fuerzas, á pesar de su malestar y de sus escrúpulos. Aquel disfraz, aquella camisa de mujer, aquel peinador la hacían reír aún. Era como una amiga que la impacientaba.

—¡Oh! ¡eso está mal! ¡muy mal!—balbuceó, después de un postrer esfuerzo.

Y cayó como una virgen en manos de aquel adolescente, enfrente de la hermosa noche. La casa dormía.

Al día siguiente, en las Fondettes, cuando la campana sonó para el almuerzo, la mesa del comedor no era ya demasiado grande. Un primer carruaje había traído juntos á Fauchery y Daguenet; y, en pos de ellos, bajando del tren siguiente, acababa de llegar el conde de Vandeuves. Jorge bajó, el último, algo pálido, y los ojos amortiguados. Respondía que estaba mucho mejor pero que se encontraba aún aturdido por la violencia de la crisis. La señora Hugón, al par que le miraba los ojos con una sonrisa inquieta, le alisaba los cabellos mal peinados aquella mañana, mien-

tras él se hacía atrás, como cohibido por esta caricia. En la mesa, la buena señora bromeó afectuosamente con Vandeuves, diciendo que le esperaba desde hacía cinco años.

—Por fin, ya estáis aquí... ¿Cómo os habéis decidido?

Vandeuves, siguiendo la broma, refirió que había perdido un dineral, la víspera, jugando en el casino, y que, en consecuencia, había salido de París con objeto de contraer un buen matrimonio en provincias.

—A fe mía, sí; si me encontráis una rica heredera... Debe haber por aquí mujeres deliciosas.

La anciana señora agradecía también á Daguenet y á Fauchery que se hubiesen dignado aceptar la invitación de su hijo, cuando experimentó una grata sorpresa viendo entrar al marqués de Chouard, que llegaba en un tercer coche.

—¡Vaya!—exclamó,—¿es hoy día de cita? ¿os habéis dado el santo y seña? ¿Qué pasa? Hace muchos años que no he podido reunirlos y venís todos á la vez... ¡Oh! ¡no me quejo; muy al contrario!

Añadieron un cubierto. Fauchery se encontraba cerca de la condesa Sabina, cuya jovialidad vivaz le sorprendía, recordando haberla visto tan lánguida en el salón severo de la calle Miromesnil. Daguenet, sentado á la izquierda de Estela, parecía, al contrario, muy inquieto de la vecindad de esta muchacha muda, cuyos puntiagudos codos no le hacían mucha gracia. Muffat y Chouard habían trocado una mirada socarrona. Y entretanto Vandeuves seguía la broma de su próximo casamiento.

—A propósito de damas,—acabó por decirle la señora Hugón,—tengo una nueva vecina á quien sin duda conocéis.

Y nombró á Naná. Vandeuves fingió el mayor asombro.

—¡Cómo! ¡la propiedad de Naná está cerca de aquí! Fauchery y Daguenet manifestaron también la ma-

yor sorpresa. El marqués de Chouard comía una pechuga de ave, fingiendo no comprender. Ninguno de los hombres sonrió.

—Sin duda,—repuso la anciana,—y esta dama llegó ayer tarde á la Mignotte, como yo decía. Lo he sabido esta mañana por el jardinero.

De pronto, hubo un movimiento de sorpresa real entre los caballeros. Todos levantaron la cabeza. ¡Cómo! ¡Naná había llegado ya! ¡pero ellos no la esperaban hasta el día siguiente, y creían haberse adelantado! Unicamente Jorge permaneció con los ojos bajos, mirando su vaso, con un aire de fatiga. Desde el principio del almuerzo parecía dormir, con los ojos abiertos, sonriendo vagamente.

—¿Te duele todavía la cabeza, Zizi?—le preguntó su madre, cuya mirada no se apartaba un momento de él.

Jorge se estremeció, y respondió ruborizándose, que estaba mucho mejor. Y conservaba esa fisonomía lánguida y no saciada aún, de muchacha que ha bailado en demasía.

—¿Qué tienes ahí, en el cuello?—repuso la señora Hugón, asustada.—Está muy encarnado.

El adolescente se turbó y balbuceó. ¡No sabía; no tenía nada en el cuello! Después, levantando el de la camisa, añadió:

—¡Ah! sí; ¡es una picadura de mosquito!

El marqués de Chouard había dirigido una mirada oblicua sobre la pequeña huella. Muffat también miró á Jorge. Concluía el almuerzo; y se proyectaban excursiones. Fauchery se veía cada vez más sorprendido por las risas de la condesa Sabina. Al ofrecerle un plato de fruta sus manos se tocaron; y ella le miró por espacio de un segundo, con una mirada tan ardiente, que el periodista pensó de nuevo en aquella confianza que recibiera en una noche de embriaguez. Además, la condesa no era ya la misma: cierto no sé qué se acentuaba algo más en ella; su bata de

seda gris, floja en los hombros, daba cierto abandono á su elegancia fina y nerviosa.

Al levantarse de la mesa, Daguenet se quedó rezagado con Fauchery, á fin de bromear á sus anchas sobre Estela: «bonita escoba para quien cargara con ella.» Sin embargo, púsose muy serio, cuando el periodista le dijo la cifra redonda de su dote: ¡cuatrocientos mil francos!

—¿Y la madre?—preguntó Fauchery,—¿eh? ¡preciosísima!

—¡Oh! ¡lo que es esa, todo cuanto quisiera!... ¡pero no hay medio, querido!

—¡Ah! ¡quién sabe!... ¡puede probarse!...

No podían salir aquel día, pues la lluvia proseguía cayendo á chaparrones. Jorge se había apresurado á desaparecer, yendo á encerrarse, bajo doble vuelta de llave, en su cuarto. Los caballeros evitaron explicarse entre sí, aun cuando ninguno de ellos se engañaba, acerca de los motivos que les habían reunido allí. Vandevres, muy maltratado por el juego, había tenido realmente la idea de irse al campo, y contaba con la vecindad de una amiga para no fastidiarse demasiado. Fauchery, aprovechando las vacaciones que le concedía Rosa, á la sazón muy ocupada, proponíase tratar de una segunda crónica con Naná, en caso de que la campaña les enterneciese á los dos. Daguenet, que estaba de hocicos con ella desde lo de Steiner, pensaba en reanudar las relaciones y en recoger algunas dulzuras, si la ocasión se presentaba.

El marqués de Chouard acechaba su hora. Pero, entre todos estos hombres que seguían la pista de Venus, mal lavada aún de su colorete, Muffat era el más enardecido, el más atormentado por sensaciones nuevas de deseo, de miedo y de cólera, que se agitaban en su trastornado sér.

El tenía una promesa formal: Naná le esperaba. ¿Por qué, pues, había partido ella dos días antes? Y re-

solvió encaminarse á la Mignotte, aquella noche misma, después de comer.

Llegada la hora, y cuando el conde salía del parque, Jorge se escapó detrás de él.

Dejóle seguir el camino de Gumières y vadeó el Choué, yendo á caer en casa de Naná, sofocado, furioso, bañados los ojos en llanto. ¡Ah! claro lo veía; aquel viejo que estaba en camino, acudía á una cita. Naná estupefacta ante esta escena de celos, conmovida al ver el giro que tomaban las cosas, le cogió entre sus brazos y le consoló como mejor pudo.

No tal, no; se equivocaba, á nadie esperaba; y si aquel caballero venía, no era suya la culpa. ¡Qué necio era este Zizi tomándose un disgusto por nada! Por la salud de su hijo, le juraba que no amaba más que á su Jorge y le llenaba de besos, enjugando sus lágrimas.

—Escucha, vas á ver como sólo te quiero á ti,—repuso ella, cuando el adolescente se hubo tranquilizado un poco.—Steiner ha llegado; está arriba... A ese ya sabes, queridito, que no puedo plantarle en la calle.

—Sí, ya lo sé, no me refiero á ese,—murmuró el jovencito.

—¡Pues bien! lo he metido en la alcoba del fondo, diciéndole que estoy enferma. Está deshaciendo su maleta... Puesto que nadie te ha visto, vete pronto á ocultarte en mi cuarto y espérame.

Jorge se arrojó á su cuello. ¿Con qué era verdad que le amaba un poquito? Entonces, lo mismo que ayer, apagarían la lámpara y permanecerían en la obscuridad, hasta que amaneciese. Después, oyendo un campanillazo, se esquivó ligeramente. Arriba, en el cuarto, se quitó inmediatamente los zapatos, para no hacer ruido, y después se ocultó en el suelo, detrás de una cortina, esperando como un buen chico.

Naná recibió al conde Muffat, conmovida todavía y presa de cierta turbación. Le había hecho una pro-

mesa y hasta hubiera querido cumplirla, porque este hombre le parecía formal. Pero en verdad: ¿quién hubiera previsto las historias de la víspera? ¡aquel viaje, aquella casa que no conocía, el pequeñuelo que llegaba empapado de agua! ¡Y qué bueno le había parecido aquello, y cuán dulce sería continuarlo! Desde hacía tres meses, venía manteniéndole á raya, fingiéndose mujer «comme il faut», á fin de enardecerle más. ¡Pues bien! que continuase esperando, y si no le agradaba, que se marchase. Antes lo abandonaría todo, que engañar á su Jorge.

El conde se había sentado, con el aire ceremonioso de un vecino de campo en visita. Sólo sus manos estaban agitadas de cierto temblor. En aquella naturaleza sanguínea, virgen hasta entonces, el deseo, azotado por la sabia táctica de Naná, determinaba, á la larga, terribles trastornos. Aquel hombre tan grave, aquel chambelán que atravesaba con paso digno los salones de las Tullerías, mordía por las noches su almohada y sollozaba, exasperado, evocando siempre la misma imagen sensual. Empero, actualmente, estaba resuelto á concluir. A lo largo del camino, en el gran silencio del crepúsculo, había soñado brutalidades. Y, de improviso, después de cambiar las primeras palabras, quiso coger á Naná, con ambas manos.

—¡No, no; cuidado!—dijo ella sencillamente, sin incomodarse, con una sonrisa.

El volvió á agarrarla, apretados sus dientes, y después, viendo que ella se oponía, fué grosero y le recordó que había venido para acostarse. Ella, sonriente siempre, aunque turbada, apartaba sus manos. Y, á fin de suavizar su negativa, le tuteó:

—¡Ea, querido! estate quieto... De veras, que no puedo... ¡Steiner está arriba!

Pero el conde estaba loco; nunca había visto ella á un hombre en semejante estado. Empezaba á tenerle miedo; púsole los dedos sobre la boca, para sofocar los gritos que dejaba escapar; y bajando la voz, le

suplicaba que se callase, que la soltara. Steiner bajaba á la sazón. ¡Aquello no tenía sentido común! Y cuando Steiner entró, Naná, muellemente recostada en el fondo de un sillón, decía en alta voz:

—Yo adoro el campo...

Y volvió la cabeza, interrumpiéndose:

—Querido, aquí tienes el conde señor Muffat que, al pasar, ha visto luz, y ha entrado á darnos la bienvenida.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos. Muffat permaneció un instante sin hablar, con el rostro en la sombra. Steiner parecía malhumorado. Se habló de París; los negocios iban mal; en la Bolsa habían ocurrido abominaciones.

Al cabo de un cuarto de hora, Muffat se despidió. mientras la joven le acompañaba, pidió, sin obtenerla, una cita para el día siguiente. Inmediatamente casi, subió Steiner á acostarse, gruñendo contra las eternas indisposiciones de las muchachas. ¡Por último, los dos viejos estaban despachados! Cuando Naná pudo ir á reunirse á Jorge, encontróle siempre buen chico, detrás de la cortina. La alcoba estaba oscura.

El adolescente la obligó á sentarse en el suelo á su lado; y ambos jugaban á revolcarse, deteniéndose, sofocando sus risas con besos, cuando tropezaban sus desnudos pies contra un mueble. A lo lejos, por el camino de Gumières, marchábase el conde Muffat, lentamente, con el sombrero en la mano, bañando su ardiente cabeza en la frescura y en el silencio de la noche.

En los días siguientes, la vida fué adorable. Naná, en los brazos del pequeño, volvía á encontrar sus quince años. Bajo las caricias de aquella adolescencia, rebrotaban en ella una flor de amores, entre el hábito y el hastío que del hombre tenía. Sobrecogíanla rubores súbitos, una emoción que toda una virginidad inquieta atravesada por deseos, la estremecía, una necesidad

de reír y de llorar, que la dejaban avergonzada. Nunca había sentido cosa igual.

El campo la empapaba de ternura. En su niñez había deseado, largo tiempo, vivir en un prado, con una cabra, porque un día en el declive de las fortificaciones, había visto una cabra que balaba, atada á una estaca. Actualmente, aquella propiedad, todo aquel terreno suyo, la hinchaba de una emoción desbordante, pues sus ambiciones se veían colmadas con creces.

Experimentaba de nuevo las sensaciones de una niña; y, por la noche, cuando, aturdida por todo el día, pasado al aire libre, embriagada por el olor de las hojas, subía á reunirse á su Zizi, oculto detrás de su cortina, parecía que era una escapatoria de colegiala en vacaciones, unos amores con un primito con quien debía casarse, temblando al menor ruido, temiendo que sus padres la oyesen, saboreando los titubeos deliciosos y los voluptuosos espantos de una primera falta.

En aquella ocasión, tuvo Naná caprichos de muchacha sentimental. Pasaba horas enteras contemplando la luna. Una noche, quiso bajar al jardín con Jorge, cuando toda la casa dormía; y los dos se pasearon bajo los árboles, ciñéndose los talles con el brazo, acabando por dormirse sobre las hierbas, donde el rocío les despertó.

Otra vez, en el cuarto, después de un silencio, comenzó á sollozar en el cuello del adolescente, balbuceando que tenía miedo de dormir. A menudo, cantaba á media voz una romanza de la señora Lerat, llena de flores y pájaros, enterneciéndose hasta llorar, interrumpiéndose para abrazar á Jorge en un arranque de pasión y exigiéndole juramentos de amor eterno. Por último, era una necia, como lo reconocía ella misma, cuando los dos, convertidos en camaradas, fuma-